



LA CASA ENCANTADA

Manuel Marín-Blázquez Guillén
2017

Era una fría tarde de otoño, y el coche por fin llegó al pequeño pueblo. Era un pueblo muy lejano a las demás ciudades, un pueblo que la gente no solía visitar mucho, Sofía desconocía el porqué y esto le inquietaba. Ella era una chica alta, delgada, con pelo rojizo, piel blanca, ojos verdes claros, nariz pequeña y de aspecto avisado, de carácter alegre y curioso, le gustaba aprender e investigar.

Sus padres se iban de viaje con sus tíos, a los que no había conocido, debido a que sus respectivos trabajos no les dejaban visitarlos con frecuencia. Por esto le habían dejado en casa de su abuela, de la cual no hablaban mucho y a la que intentaban evitar visitar siempre que podían, pero esta vez no habían tenido tanta suerte. Sus padres le habían dicho que su abuela no estaba muy bien de la cabeza y que a veces tenía extrañas alucinaciones, aunque sus primos iban a estar con ella, le habían aconsejado tener cuidado. Tampoco había tenido ocasión de conocerlos y estos llegaban al día siguiente. Por eso, Sofía estaba muy impaciente por su llegada, para no tener que pasar demasiado tiempo con su extraña abuela. Suspiró.

Ya no podía retrasar más el momento de la despedida, así que bajó del coche. Se despidió de sus padres, y se dispuso a cruzar la verja de la entrada. Ante ella se erguía una imponente mansión, que tendría más de 100 años de antigüedad. Llamó a la puerta y se abrió sola con un chirrido. No vio a nadie y esto la inquietó aún más, pero ya no había vuelta atrás. Entró con miedo, la puerta se volvió a cerrar y esta vez le dio un escalofrío. Buscó con la mirada alguna señal de vida, pero la casa parecía abandonada desde hacía años - parece que los de la limpieza se han tomado un buen descanso- pensó. Necesitaría un mapa para no perderse en esa gigantesca casa. Tras unos segundos de reflexión, decidió emprender el viaje en busca de su habitación. No sabría decir cuánto tiempo estuvo vagando por los interminables pasillos, pero cuando al fin encontró su habitación le dolían las piernas de tanto andar. La reconoció porque había un cartel con su nombre, y la madera de la puerta era diferente a las demás. Entró y descubrió que la habitación había sido decorada a su gusto y con todo tipo de detalles: una cama enorme con cojines de todas las formas, una gran ventana que iluminaba toda la estancia, una mesa con sillas para tomar el té o alguna otra actividad y demás tipos de muebles que se repartían por la sala. Se quedó asombrada al verlo todo, pero de repente una extraña voz la sobresaltó:

-¿Te gusta? Esta antes fue la habitación de una importante duquesa.

Dio un salto hacia atrás y se quedó mirando a la extraña persona que había aparecido. Era una señora mayor, tenía más años de los que aparentaba y vestía elegantes ropas. Tenía el pelo blanco, lleno de canas y la cara repleta de arrugas, pero a pesar de esto, la mujer se erguía orgullosa y lanzándole una sabia mirada.

-¿Abuela? - preguntó Sofía desconcertada.

-Me preguntaba cuánto tardarías en encontrar tu habitación – dijo haciendo caso omiso de la pregunta y con una gran sonrisa en la cara.

-No vi a nadie y decidí buscar.

-No te preocupes, hace mucho tiempo que nadie pisa esta vieja casa. Pero deduzco que tendrás hambre después del viaje. Ven conmigo, la cena nos espera.

La condujo a través de largos pasillos hasta una amplia sala donde se encontraba una gran mesa rectangular con deliciosos manjares sobre ella. A Sofía se le hizo la boca agua al ver todo esto.

Se sentaron y empezaron a comer en silencio. Al terminar de comer, Sofía decidió averiguar más cosas sobre aquella misteriosa persona.

-¿Cuánto hace que nadie viene de visita? – preguntó con timidez.

-Demasiado tiempo tal vez, demasiado tiempo... - le respondió misteriosamente.

-¿Y quien vivía antes aquí?- volvió a preguntar con curiosidad.

Esta vez la mujer levantó la cabeza y se la quedó mirando.

-Hay una leyenda que cuenta lo siguiente:

“Hace muchísimo tiempo, vivían aquí unos importantes duques que eran conocidos en muchos sitios por su poder y riquezas. Un día, la duquesa dio a luz a tres hermosos bebés. Sus padres les regalaron un amuleto. La gente decía que este era mágico y realizaba prodigiosos milagros, pero también podía maldecir a aquellos portadores que sucumbían a la avaricia y el odio. Los tres hermanos empezaron a pelearse hasta llegar al punto de que el amuleto reaccionó. Una maldición cayó sobre ellos, que hizo que se convirtieran en fantasmas dedicados a vagar eternamente por esta casa. Además, el amuleto quedó partido en tres pedazos, que están custodiados por los fantasmas de los hermanos. La leyenda también dice que algún día tres niños unirán el amuleto y romperán la maldición.”

Al terminar la historia Sofía se quedó mirándola aterrorizada. Su abuela captó la mirada y respondió:

-No te asustes, niña. No son más que bobadas- dijo con tono burlón.

¡¡¡Dong!!! El reloj sonó sobresaltando a Sofía.

-Oh, ya es un poco tarde. Vete a dormir, estarás cansada.

Sofía asintió y subió a descansar de aquel extraño día. Se tumbó en la cama, cerró los ojos y al instante se durmió. Aquella noche soñó que estaba en

una habitación llena de cuadros, pero lo extraño era que los personajes se movían, todos excepto uno en el que había un objeto extraño. Se acercó un poco, extendió la mano...

Se despertó repentinamente. Estaba en su habitación. No había cuadros vivientes ni cosas extrañas. Suspiró más calmada y decidió vestirse y bajar a desayunar. Los pasillos estaban igual de silenciosos y siniestros que la noche anterior. Empezó a dar vueltas deseando encontrar a alguien. Y de repente... escuchó un susurro. Giró la cabeza mirando hacia todos lados, pero no había nadie. Se quedó de pie inquieta. Y, tras esperar un rato, decidió seguir. Un par de pasillos más y escuchó el mismo susurro, pero seguía sin haber nadie. Todo aquello le daba muy mala espina. Bajó unas escaleras y llegó a la entrada. La puerta se abrió repentinamente. Tras ella apareció un chico alto, de cabello castaño y ojos azules verdosos. Detrás de él entró una chica un poco más baja, del mismo color de pelo aunque con ojos marrones. Se acercaron arrastrando unas pesadas maletas:

-¿Abuela? No sabía que eras tan joven-dijo él con tono burlón.

-¡Ella no es la abuela, tonto! ¡No ves que es una niña!-le rió ella- Hola, yo soy Clara, y este payaso es mi hermano Miguel. Tú supongo que serás Sofía.

-Eh... sí, hola, estaba buscando a alguien, Si queréis os acompaño a buscar vuestras habitaciones y bajamos a desayunar-le respondió tímida.

Empezaron a caminar y, tras un rato hablando, Sofía les contó la leyenda que le había narrado su abuela la noche anterior.

-Mm... interesante. Es una leyenda muy entretenida, pero todos sabemos que no existen los fantas... fantas... fantas...- Clara señaló con el dedo y Sofía y Miguel siguieron con la mirada la dirección. Ante ellos, una de las armaduras que se encontraba en el pasillo empezó a moverse.

Empuñó su espada y se lanzó contra ellos-¡¡¡¡¡¡Corred!!!!

Se giraron y huyeron despavoridos. Estuvieron corriendo un buen rato, hasta que el pasillo llegó a un tramo sin salida. Estaban con la espalda contra la pared y no podían hacer nada para huir. La mágica armadura los tenía acorralados. Sofía se pegó aún más a la pared, intimidada y, para su sorpresa, la pared giró revelando un pasadizo secreto. Se levantó sorprendida y gritó:

-¡Rápido, por aquí!

Siguieron corriendo hasta que el pasadizo se abrió en una gran sala llena de pintorescos cuadros.

-Creo que lo hemos despistado- dijo Miguel respirando entrecortadamente. Una imponente voz les sobresaltó.

-Bienvenidos, viajeros, a la prueba del ingenio. Si los trozos del amuleto

queréis encontrar, tres pruebas deberéis de pasar.

Ante ellos apareció girando sobre sí mismo un fantasma. Llevaba elegantes ropas un poco raídas y un monóculo, con el que parecía que miraba a través del alma.

-¿Quién eres?- dijeron los tres al unísono.

-Soy el fantasma del que antaño fue, el más inteligente de los tres hermanos- respondió con un aire fantasmal- Y vosotros, sois los tres elegidos, según la profecía, que unirán el amuleto y romperán la maldición.

-Espera un momento...-dijo Clara- ¿Entonces la leyenda es cierta?

-Claro que lo es, pero si no fuera por los desvaríos de mis hermanos, nada de esto habría sucedido. A partir de aquí, deberéis superar tres pruebas: Ingenio, fuerza y valentía- les relató- Y he aquí la primera prueba, la de Ingenio.

-Una pregunta, ¿podrías darnos algo de comer? Me rugen las tripas- preguntó Miguel con la esperanza de poder probar bocado.

-¡No hay tiempo para tonterías! Si superáis la primera prueba, podréis comer en paz- casi gritó el fantasma malhumorado.

-Entonces, señor, ¿cuál es la prueba que debemos superar?- respondió Miguel intentando imitar la forma de hablar del fantasma.

-En estos cuadros vivientes, el pedazo de amuleto se encuentra, pero solo el arco de la justicia lo protege- formuló en tono misterioso.

-¿El arco de la justicia? ¿A qué se refiere con eso?- preguntó Clara.

-Chicos, esta habitación salió en mi sueño. Recuerdo que vi un trozo del amuleto agarrado en una flecha que lanzaba un hombre vestido de verde- les contó Sofía esperanzada.

-Un arco... Hombre de verde... Justicia... ¡Espera! Solo puede ser Robín Hood. Estos cuadros son de la Edad Media. Seguro que hay alguno en el que salga-exclamó Clara triunfante.

-¡Eso es! Vamos a buscarlo- dijo Miguel.

Los tres empezaron a buscar por toda la sala, hasta que Sofía gritó:

-¡Venid, creo que lo he encontrado!

Se agruparon alrededor de un cuadro en el que un hombre vestido de verde, disparaba una flecha hacia un soldado.

-Y... ¿Cómo la sacamos de ahí?- preguntó Miguel.

Clara probó a meter la mano y, para su asombro, esta atravesó el cuadro y agarró el trozo del amuleto.

-¡Lo tengo!- exclamó.

-¡Bien hecho!- Ahora os espera la siguiente prueba, os deseo buena suerte-les anunció el fantasma sobresaltándolos.

Detrás de él, se abrió un trozo de pared que daba a otro pasadizo. Los tres chicos anduvieron por este, hasta llegar a un comedor con una larga mesa llena de los más ricos manjares. Los chicos se lanzaron a comer hambrientos. Al terminar, otra puerta se abrió. Penetraron en ella. El pasadizo les condujo a un enorme edificio parecido a un coliseo romano. Ante ellos, esta vez apareció un fantasma flacucho y alargado.

-Bienvenidos a la prueba de fuerza-les dijo con voz cansada y aburrida- Llevo años esperando a los elegidos que romperán la maldición, pero debo deciros que, pese a esto, no os lo pondré fácil.

-Qué bien, al menos este habla en cristiano, no como el otro- bromeó Miguel susurrando.

-Mi prueba consiste en derrotarme en una batalla.

Del suelo surgió un estante lleno de armas.

-Coged una cada uno.

Había armas de todo tipo, algunas incluso mágicas. Miguel cogió una espada, Clara un tirachinas muy raro y Sofía una especie de cetro.

-Si morís durante la pelea estaréis descalificados- anunció el fantasma.

-Gracias, eso nos consuela mucho- respondió Clara aterrada.

-¡Venga ya! ¿Cómo vamos a perder contra alguien como...? - la frase de Miguel quedó cortada por un fuerte siseo.

El fantasma se había transformado en una gigantesca serpiente que, amenazadora, se acercaba hacia ellos.

Los chicos esquivaron gritando la embestida y, tras esto, aprovecharon el momento para contraatacar. Pero antes de llegar la serpiente se giró y los atrapó con su cuerpo. Los chicos se retorcieron de dolor. No podían moverse, estaban atrapados. La serpiente se lanzó hacia ellos intentando morderlos...

Ellos gritaron con todas sus fuerzas, pero los colmillos nunca llegaron. Notaron que la serpiente los soltaba y huía dolorida. Se quedaron sorprendidos al ver que la serpiente tenía los dientes rotos.

-¿Pero qué?- dijeron Miguel y Sofía al mismo tiempo.

-¡Eso es!- gritó Clara- La prueba de fuerza no se refiere a la fuerza física, sino a la fuerza de voluntad. Nuestros deseos de romper la maldición hacen que la serpiente no pueda hacernos daño.

Aprovechando que la serpiente estaba distraída, los chicos se lanzaron hacia ella empuñando sus armas. De repente, esta desapareció con un halo de luz, dejando en el suelo otro trozo de amuleto.

-¡Bieeeeeen, hemos ganado!- chilló Miguel triunfante.

Recogieron el trozo de amuleto y, de repente, otra puerta se abrió. Al atravesarla, esta se cerró dejando la habitación totalmente a oscuras. Los chicos, aterrados, tantearon intentando encontrar algo. No veían nada y no sabían dónde estaban. Repentinamente, algo agarró a Miguel por la pierna y lo arrastró. Este gritó y, momentos después, ya no estaba.

-¿Qué ha pasado con Miguel?- preguntó Clara alarmada.

-Ha desaparecido- le respondió Sofía con el mismo tono de voz.

Clara tropezó y algo la agarró y se la llevó.

-¿Clara? ¿Miguel? ¿Hay alguien ahí?- chilló Sofía muy asustada.

Empezó a sentir mucho frío y notó que le fallaban las fuerzas. Las piernas no le respondieron y cayó al suelo. Respiraba entrecortadamente. Intentó pensar qué hacer.

Mágicamente, unas llamas azules surgieron ante ella, revelando un camino que llevaba hasta un altar. Siguió la senda y, al llegar al altar, vio los cuerpos de sus primos, inconscientes y tumbados en el suelo. En el altar se encontraba una estatua de la muerte, con una afilada guadaña y su negra y fantasmal capucha. La estatua se movió y saltó del altar. Sofía estaba aterrorizada. Su cuerpo no respondía. No podía hacer nada. La estatua levantó la guadaña con intención de atacar a Clara y Miguel. Repentinamente, Sofía se lanzó hacia él intentando salvarlos. Cayeron al suelo rodando. La guadaña salió volando lejos de ellos. Los dos se lanzaron a por ella. Sofía llegó primero y, empuñándola con decisión, atacó con ella a la estatua. El arma se clavó fuertemente en el cuerpo e, instantes después, este explotó en mil pedazos. Un haz de luz lo iluminó todo, descubriendo uno de los enormes salones de la mansión. Al fondo de la sala se encontraba el último pedazo del amuleto.

Sofía fue corriendo a recogerlo. Lo miró alegremente. Se giró y detrás de cada uno fueron apareciendo los fantasmas. Detrás de Clara, el primer fantasma, tarareando alegremente. Detrás de Miguel, el segundo fantasma, con el cuerpo lleno de heridas, pero aun así feliz. Y tras Sofía, la estatua de la muerte, que aún llevaba la guadaña clavada atravesándole el cuerpo.

-Siento que tuvieras que pasar miedo, pero así tenía que ser la prueba- se disculpó el fantasma.

-Sí, yo también lo siento...- repuso mirando con cara de culpa la guadaña clavada.

Los tres trozos del amuleto se iluminaron y se elevaron en el aire. Se unieron mágicamente con un resplandor de colores. Los tres se pusieron frente al amuleto que flotaba delante de ellos.

-Muchas gracias por todo- dijo el primero.

-Habéis roto la maldición y nos habéis salvado- añadió el segundo.

-Ha sido un placer- declaró el tercero.

-Hasta pronto- respondieron los tres a la vez.

Los fantasmas tocaron el amuleto y este brilló con tanta intensidad que hizo que los chicos tuvieran que taparse los ojos. Al mirar de nuevo, ya no había ni amuleto, ni fantasmas, ni nada fuera de lo normal.

Recorrieron la casa y encontraron a su abuela en el comedor esperándolos con deliciosos platos sobre la mesa.

-Os estaba esperando- les dijo con calma.

-¿Tú también quieres echarnos una maldición?- gritó Miguel.

-Te advierto, jovencito, que tengas cuidado con las tonterías que dices. Puedes meterte en más de un lío- repuso la anciana con calma- Pero no os quedéis ahí parados. Sentaos, os merecéis un buen descanso.

Se sentaron y comieron sin una palabra. Al terminar, a Sofía se le ocurrió preguntar:

-Abuela, tú también sabías que nosotros teníamos que romper la maldición- le dijo.

-Claro, ¿cómo crees que habéis acabado los tres aquí?- respondió con seguridad.

-¡¿Qué?!- dijeron los tres al unísono.

-¿Entonces tú planeaste el viaje de nuestros padres para que nos dejaran aquí? ¿He hiciste que descubriéramos el pasadizo secreto?- preguntó Clara sorprendida.

-Yo me guardo más de un truco bajo la manga- les respondió con

tranquilidad.

Momentos después se fueron a descansar de toda aquella locura. Los días siguientes los pasaron explorando la casa, escuchando las historias de la abuela y muchas más cosas.

Un día, limpiando una habitación, encontraron un cuadro en el que salían los hermanos juntos. Los tres sostenían entre sus manos un amuleto.

Cuando llegó el momento de marcharse, subieron a recoger sus cosas. Fueron a la habitación donde se encontraba el cuadro y se despidieron de ellos. A Sofía le pareció ver que se despedían. Volvió a mirar, pero esta vez nada se movía.

Bajaron y se despidieron de su abuela.

-Bueno, ya nos veremos- dijo Clara con tristeza.

-Por supuesto- le respondió Sofía.

Se abrazaron los tres y se despidieron por última vez. Al montarse en el coche, Sofía miró por última vez la Mansión y, al girarse, esta desapareció, esperando a unos nuevos aventureros, que se internasen en ellas en busca de misterios por resolver.